

INVESTIDURA DEL PROFESOR  
D. CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ  
COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA» POR LA  
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

*Coronada en 1975 la edición del tercer volumen de la obra Orígenes de la Nación Española: Estudios críticos sobre la Historia del Reino de Asturias, el Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Oviedo, encargado de la misma, propuso a la Junta de Gobierno de aquélla el nombramiento de su autor, el Prof. D. Claudio Sánchez-Albornoz, como Doctor «Honoris Causa» por la Facultad de Filosofía y Letras.*

*La solicitud fue aprobada con fecha 25 de Noviembre y el acto de investidura tuvo lugar el 21 de Mayo siguiente, con arreglo al tradicional ritual universitario. Durante el mismo, el padrino y promotor de la propuesta, Prof. Eloy Benito Ruano, pronunció el siguiente discurso:*

Excmo. y Magfco. Sr. Rector.

Excmos. e Ilmos. Srs.

Sras. y Sres.:

En uno de sus recuerdos autobiográficos, el hombre a quien hoy tengo el honor de introducir ante nuestro Claustro universitario describe cómo de sus más remotos años infantiles pervive en su memoria la conciencia testimonial de un viejo antepasado, refiriendo impresiones propias, experimentadas, acerca de la abolición de la Inquisición en España.

Transmitidas directa, oralmente, estas experiencias producían —dice— en el joven oyente la sensación de participación, de prota-

gonismo, en unos hechos distantes ahora ya de nosotros cerca de siglo y medio.

Leyendo a mi vez estas confidencias y vinculándolas a la imagen de su comunicante, percibí por mi parte cierta impresión como si en él, ante mí, se personificase la Historia; como si fuese la Historia misma quien estuviese hablando por su voz, como si se modulase en su garganta —o en su pluma— el eco de un ayer que, como todo lo que existió y por el hecho de haber existido, perdura como una vida única, ya casi eterna, saltando de un hombre a otro, de una generación a otra, en su perpetuo vadear del tiempo.

Quisiera comunicaros hoy esa sensación mía de que estamos, aquí y ahora, en presencia de la Historia. La conciencia y la convicción de que, entre las múltiples apariencias o signos sensibles que este ente real y permanente, ubicuo —la Historia—, puede adoptar, es sin duda en este momento la persona de D. Claudio Sánchez-Albornoz la figura que mejor puede representarla ante nosotros.

Modestamente nos dirá él de sí mismo que es —todo lo más— mero portavoz de ella, cuando a lo largo de su vida ha pretendido ser. No ya oráculo de Clío, sino apenas máscara o carátula que la musa de la Historia ha utilizado para hacerse oír, para *per-sonar* sus mensajes.

Pero ¿acaso no son éstos la función y el ideal supremos del historiador?

Desviémonos, sin embargo, de esta dirección abstractiva de nuestras reflexiones. Es un hombre de carne y hueso el que tratamos de presentar aquí. Desde la cumbre de su edad, tras el parapeto de sus lentes, estará pensando sin duda mientras nos mira —estoy seguro—: *Humanus sum et nihil humani...* etc.

Hombre entre hombres, hispano entre hispanos, este historiador no es, sin embargo, uno más entre los historiadores de hoy. Es entre los de España el patriarca, el maestro, el punto de referencia y de contraste, incluso para los que no comparten entera o absolutamente sus criterios metodológicos o sus doctrinas científicas.

El bagaje de su obra científica no admite, sin embargo, parangón entre la de nosotros, trabajadores de una misma mies, y le diferencia y exalta hasta el grado de que pretendamos honrarnos al honrarle, sentándole entre nosotros.

¿Habré de pormenorizar algunos de los aspectos de esa obra? La simple enumeración de sus títulos nos exigiría mucho más tiempo del que entre todos disponemos esta mañana. Cuando sus discípulos de Buenos Aires recopilaron su bibliografía —por fortuna todavía hoy incompleta—, al conmemorar la cuarentena de su docencia universitaria, reunieron hasta 241 epígrafes. De 1957 a acá, ¿cuántas nuevas aportaciones, muchas de ellas sustanciales y representativas, tanto en su obra personal como en la Historia de España, no se han sumado al acervo de su producción?

Conocida de la mayoría de los presentes en su detalle, permítidme que no haga sino consignar algunos de los perfiles más característicos de su conjunto.

En primer lugar, su carácter innovador y creador. Innovador de metodologías en nuestra investigación histórica desde que, como tantas veces se ha complacido él mismo en reconocer, recogió y condujo a plenitud las iniciativas del maestro Hinojosa en el campo de la Historia institucional. Dentro de ésta y como uno de los fundadores del «Anuario de Historia del Derecho Español», Sánchez-Albornoz puede considerarse como el padre de toda una Escuela de medievalismo hispánico que fructificó en el plantel de sus más caracterizados discípulos, algunos cruzando hoy el límite oficial de la vida académica como consagrados maestros a su vez: Valdeavellano, Lacarra, Vázquez de Parga, García-Gallo... Monografías del patriarca como las dedicadas a las behetrías castellanas, a los orígenes del feudalismo, a los órganos colectivos y deliberantes de nuestra Edad Media, a la condición jurídico-social de los hombres medievales, constituyen otras tantas piezas «clásicas», ya ineludibles en el tratamiento de sus respectivas temáticas.

Fundador otra vez, en su renovada etapa hispanoamericana, de toda otra nueva y original Escuela de medievalistas (sin precedente ni consiguiente en aquel medio), también el prestigio de su órgano publicístico —los «Cuadernos de Historia de España»— y el crédito y solidez científicos de la obra de sus seguidores (curiosamente, en su mayoría mujeres) han conseguido el reconocimiento y el respaldo internacionales. Los nombres de M.<sup>a</sup> del Carmen Carlé, Hilda Grassotti, Reyna Pastor, Pilar Laguzzi, Delia Isola, M.<sup>a</sup> Victoria Prati, Julieta Guallart, Nilda Guglielmi, constituyen sólo

una parte de la nómina del medievalismo argentino, creado e impulsado por Sánchez-Albornoz.

Aspectos y temas principales sobre los que la actividad investigadora del autor se ha inclinado más acendradamente son, entre otros, los relativos a la función repobladora de las tierras recién recuperadas por los cristianos en los primeros siglos de la Reconquista; el de las fuentes historiográficas altomedievales en su más prístina manifestación documental y cronística; el de la vertiente islámica de nuestra historia, plasmada en obras magistrales, tanto de síntesis (*La España musulmana, El Islam de España y el Occidente*), como de la más analítica erudición (*El Ajbar Machmúa, Fuentes de la Historia hispano-musulmana del siglo VIII*, etc.).

Sus trabajos eruditos, de rigurosa precisión factual, institucional, cronológica, geográfica, sería penoso tratar de conocerlos en su totalidad, dispersos como están en multitud de revistas especializadas a través de más de quince países de ambos Continentes. Felizmente se hacen asequibles en gran parte gracias a sus recopilaciones a cargo del Istituto Storico per il Medio Evo de Roma, de la Universidad Nacional Autónoma de México de la Editorial Jurídica de Chile, etc.

Pero es, naturalmente, la obra de interpretación y generalización del maestro la que le ha valido la universalización de su nombre de historiador, a nivel incluso popular. A este respecto ha de citarse como su obra más ambiciosa y más querida y, desde luego, la más divulgada, la que lleva por título, entre modesto y sugestivo, de *España, un enigma histórico*.

No cometeré la inoportunidad de pretender describíroslo. Muchos de los aquí presentes creo que lo estaréis en tanto que lectores de esta obra. No todos, quizá, adheridos sin reserva a la totalidad de sus tesis e hipótesis, pero sí tocados todos de su fervor y su fuerza polémica, de su sinceridad en la búsqueda de la verdad histórica despojada de pretensiones de originalidad y, sobre todo, por el ardor comunicable que emana de cada una de sus páginas hacia el objeto único de todas ellas: España.

Fervor polémico el de este libro que, guardada la compostura, no ha sido nunca remiso en experimentar su autor, tanto en ésta como en otras empresas de horizonte menor o más concreto, aunque nunca de menor profundidad científica. Y ello, como es bien

sabido, frente a plumas no menos respetables y bien cortadas que la suya, dignas por tanto del caballeresco enfrentamiento.

Dos cuadros acabados, dos visiones integradoras podemos decir que componen y ordenan el mundo doctrinal, teórico, de la múltiple labor prospectora de Sánchez-Albornoz, relativos, respectivamente, a la Historia española y a la Historia en general.

El primero, desarrollado como un fluir incontenible y reflexivo sin apoyaturas ni cauces visibles, a lo largo de las páginas del libro anteriormente citado, es posible, sin embargo, sólo en virtud del trabadísimo andamiaje sustentador de cada una de las afirmaciones allí expuestas a título apodíctico o a título hipotético: «Detrás de cada frase hay bibliotecas», podría decirse del aparato crítico con que, por una vez, el autor quiso dejar de apostillar con notas su exposición, invocando el crédito bien ganado de su sobrada autoridad.

Digamos, para reducirla a un argumento vertebral tan sólo, de esta concepción, que la de la Historia de España se presenta por D. Claudio como la de un sujeto único, aunque plural, tanto en el tiempo como en la integridad del espacio, sin prescindir ni renunciar a aspectos o manifestaciones de cualquier etapa ni particularidades. Un vasto proceso de incorporación, podríamos decir con Mommsen, en el que no hay razón para abstraer huella alguna del pasado, por remoto que éste sea, ni para dejar de considerar cualquier influencia externa, frente a la cual, sea por absorción o por repulsión, el sujeto histórico nacional ha quedado ya condicionado e intervenido.

La segunda gran concepción interpretativa, a mi juicio, de D. Claudio, es la del fluir mismo de la Historia humana en general. Y está simplemente esbozada, en calidad de intuición gráfica, en su ensayo *Historia y libertad*. Es tan sólo algo así como una especie de revelación obtenida en estado de gracia durante cierto meditativo ensueño juvenil, un lejano atardecer abulense evocado con acento sentimental en el acto de recepción por el autor del Premio Feltrinelli, «el Nobel de los historiadores», como universalmente se conoce a este preciado galardón: «La Historia se realiza en espiral». Apenas una imagen —eso que dicen que vale más que mil palabras— para expresar, sintetizándolas, la idea heraclitiana del río que no se repite y la noción de los ciclos renovados

—«corsi e ricorsi»— de Gianbattista Vico. Como todas las intuiciones geniales, la extrema simplicidad de esa imagen se carga de eficacia al insertar en una tercera dimensión la línea y el plano de sus antecesores.

«Vivir no es ver volver», podemos afirmar conforme a esta imagen, con su creador. Los hombres, los hechos, las circunstancias, parece que se repiten reiteradamente en la Historia, pero jamás son los mismos, jamás son por entero idénticos. *Eadem, sed aliter*, la Humanidad pasa recurrentemente, como los astros en sus órbitas, por fases de sombra y de luz; pero ella siempre «progresando», avanzando siempre sobre un eje en torno al que su movimiento es irreversible.

He de mencionar aún una faceta señera del quehacer de nuestro doctorando, precisamente aquélla por la que tiene especial sentido y razón de ser el acto de hoy. Me refiero, como es lógico, a su dedicación a la Historia de Asturias, incomparable en intensidad, cantidad y calidad a la de cuantos, en todo tiempo y lugar, se han ocupado del pasado de nuestra región.

De 1922 data la concesión al entonces joven y recién casado historiador del Premio «Covadonga», instituido por las Reales Academias de la Historia y de la Lengua para conmemorar el XIIº Centenario de la *ocasión* originaria de la nacionalidad española. Desde entonces, casi otra vida ha consagrado su autor al perfeccionamiento y puesta a punto de la obra entonces galardonada. Para ello le fué preciso ponerse en contacto directo con el escenario natural de la historia astur. Arduos recorridos, a pie y a caballo, por nuestra geografía, ya con espíritu topográficamente discente, junto a guías tan experimentados como D. Ciríaco Pérez-Bustamante, D. Ramón Prieto Bances o D. Juan Uría (a través de los Picos de Europa, por la ruta de Lutos, en la Calzada de la Mesa), ya con espíritu docente a la cabeza de sus alumnos madrileños.

Capítulos aislados, estudios paralelos y derivados del esbozo original premiado fueron apareciendo a lo largo de más de cincuenta años en España y en la Argentina, a medida que el historiador les iba dando lo que Ortega llamaba «última soba» definitiva.

En 1968, va a hacer ahora ocho años, la Diputación Provincial de Oviedo, regida entonces por los Srs. López Muñiz y Coronado,

me encomendó la edición, en el seno de una comisión constituida al efecto, de los elementos ya aparecidos y los por aparecer de este *magnum opus* que el Dr. Sánchez-Albornoz se afanaba aún febrilmente por concluir. Una correspondencia mantenida desde entonces vivazmente con el autor ha estrechado entre nosotros los vínculos maestro-discípulo que no tuve ocasión de anudar en sus aulas. Todo el Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Oviedo ha participado en la tarea, ciertamente dura, de llevar a buen término la empresa, coronada, como reza su colofón, el día 7 de Abril de 1975, «octogésimo segundo aniversario del nacimiento de su autor». Dadas sean gracias al Señor, que va a permitir a este hombre, conforme a su deseo añejamente expresado, postrarse ante «la Santina», Patrona de Asturias, para ofrecerle personalmente el fruto principal del trabajo de toda su vida.

En el capítulo gratulatorio del tal libro constan los nombres de cuantos han cooperado materialmente a levantar este monumento de cerca de 2.500 páginas a la Historia de Asturias. Monumento con el que —quíerese o no, para apoyarse en él o para rebatirle, si puede— habrá de contar ya siempre, en adelante, quien vuelva a asomarse al panorama grandioso, como el de su geografía, del medio asturiano.

Pero he de terminar. Queremos todos escuchar a continuación la voz de la Historia, tal como me he permitido identificarla con la de nuestro huésped al comienzo de esta ya larga disertación. Permitidme sólo aún que recoja el eco de dos mensajes suyos, finales por mi parte, concernientes a esa manifestación bifronte de la Historia de que todos tenemos clara noción —la Historia como vida y la Historia como ciencia.

En cuanto a la primera, el contenido en el que su autor ha llamado testamento histórico-político. Es el mensaje de la experiencia de quien nos va precediendo en el tiempo y ha dedicado todo el suyo a conocer la experiencia colectiva humana a través de los siglos. Mensaje de paz, de amor, de fraternidad... ¿Podrá tener alguna eficacia esta vehemente llamada de quien la formula ocho siglos después de que un poeta hispano-musulmán acuñase la frase de la que ha hecho casi un lema nuestro viejo historiador: «La flor de la guerra civil es infecunda»?.

El otro eco de su magisterio, el relativo a la concepción de la Historia como ciencia, creo que tiene en este ámbito un lugar especialmente adecuado para resonar. Escuchadle. Escuchadle especialmente vosotros, estudiantes:

«La Historia —la Historia como ciencia— no es *res nullius* sobre la que todos creen tener derechos, ni dehesa de conejo a la que todos pueden enviar a pastar su ganado, ni tarea fácil para la que todos pueden sentirse preparados. Vengan enhorabuena hasta su campo cuantos se sientan atraídos por su estudio, pero dispuestos a sufrir su duro noviciado. Que los neófitos aprieten bien sobre el potro los talones antes de atreverse a cabalgar por los sembrados de la Historia. Y que en los centros de formación de los historiadores se ponga más alto cada vez el nivel de la tapia que es preciso saltar para entrar en el huerto de la Historia».

Señores, tengo el honor de solicitar de este Claustro la investidura de *Doctor Honoris Causa* por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, para el Excmo. Sr. D. CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ Y MENDUIÑA, que lo es ya por las Universidades de Burdeos, Gante, Tubinga, Lima y Buenos Aires; Académico de la Real de la Historia de Madrid, de la Academia Portuguesa de Historia, de la Nazionale dei Lincei de Roma, miembro del Instituto de Francia, del de Estudios Asturianos y de la Mediaeval Academy of America.

ELOY BENITO RUANO